



¿Qué importa más? ¿La iglesia o la familia?

por Harvey Yoder

¿Qué genera mayor estrés? ¿La transición de solteros a casados, o la de casados a padre y madre?

Casi todos los matrimonios con hijos dirán que la segunda transición es la más dura. Tener una familia es lo que Alma Jean y yo deseábamos, pero nada nos preparó para las exigencias de tener y educar hijos, ni para la presión que ejerció sobre nuestro matrimonio. No es que cambiaríamos por nada en el mundo nuestros tres hijos; ni que tenerlos nos haya empeorado el matrimonio. Sólo que hizo que todo fuera muy diferente y más difícil, aunque a la larga mucho más rico y mejor. Hay que confesar que una de las cosas que añadió enormemente a nuestra carga de estrés, es que si hay una cosa en la vida que queríamos hacer bien, era ésta.

Durante la mayoría de los años formativos de nuestros hijos, yo estaba sobreocupado como pastor y profesor, y nuestra familia vivía en la «casa pastoral» junto a la iglesia. Entre las exigencias del trabajo para la iglesia y esa sensación de vivir en una pecera de cristal, sufrimos bastantes más tensiones que las recomendables. Pero aunque no hubiese sido el pastor, tendría de todas maneras que haber aprendido a equilibrar las energías necesarias para nuestra «familia de iglesia» y nuestra familia de matrimonio e hijos, a la vista de mi tendencia a meterme de lleno en muchas cosas a la vez.

Observo que cada vez más se tiende a resolver esa tensión con un: «Hemos decidido que lo primero es la



En retiros de iglesia como nuestros Encuentros Menonitas Españoles cada dos años, los chicos se lo suelen pasar tan bien como los mayores.

familia» —refiriéndose a la de matrimonio e hijos. En la práctica, esto significa que los padres están menos dispuestos a asumir responsabilidades en la iglesia y más predispuestos a salidas de fin de semana con los hijos; y en general bastante cerrados a participar en otras actividades de la iglesia más allá del culto del domingo por la mañana (al que sólo se asiste cuando no hay otro plan, claro está).

Apoyo el empeño en fijar prioridades razonables, pero me confieso intranquilo siempre que la participación en la vida de la iglesia acaba más y más relegada en la lista de actividades —si es que queda tiempo después de las clases de inglés de los chicos, de

llevarlos a la piscina o a que practiquen algún deporte, al conservatorio de música o la academia de dibujo... y toda una multitud de actividades y reuniones. También me confieso intranquilo cuando lo que en realidad hace la familia no es más que pasar tiempo juntos alrededor de la pantalla con televisión, Digital + y DVD; en lugar de dedicarse a cultivar relaciones con amigos y con los hermanos y hermanas de la iglesia. Parte del problema, según el autor Tom Sine, es que «la identidad de la iglesia y el sentido de comunidad se acaba de confundir, en la mente de muchos, con el local, los presupuestos anuales, los programas y las personalidades sobresalientes y —lo que es peor— los valores narcisistas de nuestra cultura contemporánea».

Tener al alcance esa comunidad de personas que son nuestras hermanas y hermanos —y que llegan a ser, espiritualmente, primos y tíos y tías y abuelas y abuelos para nuestros hijos— es especialmente importante precisamente en los años críticos del desarrollo de nuestros hijos.

Primos espirituales. Partiendo de un concepto de iglesia como esa comunidad de personas de igual parecer que se apoyan unos a otros, adolecemos de falta de visión, me parece a mí, si planteamos un forcejeo entre la familia biológica y la familia de nuestra iglesia. ¿Por qué? Porque poder tener al alcance esa comunidad de personas que son nuestras hermanas y hermanos —y que llegan a ser, espiritualmente, primos y tíos y tías y abuelas y abuelos para nuestros hijos— es

También en este número:

La base de la conducta recta	3
Inspiración para la oración	5
Traumatizados en Kenya	6
La Carta de Pablo a los Romanos	8

especialmente importante precisamente en los años críticos del desarrollo de nuestros hijos. Puestos al caso, es mucho más difícil que nuestros matrimonios salgan airosos si la familia entera no encuentra precisamente ese tipo de apoyo externo.

Bien es cierto que para algunos matrimonios y familias sería beneficiosa la consejería profesional secular, pero **todas** nuestras familias necesitan ese recurso regular y fiable de «primeros auxilios» prestados por sus familias biológica y espiritual. El caso es que veo una relación directa entre el aumento de rupturas matrimoniales y la creciente falta de ese tipo de apoyo que puede brindar la familia en su sentido más amplio, así como la iglesia que se vive como comunidad cristiana. Cuando a los matrimonios les faltan personas sabias —tanto los que son sus mayores como sus compañeros de generación— con quienes compartir sus dificultades y de quienes pueden recibir el tan necesario estímulo y auxilio, es entonces que incluso el más insignificante de los problemas puede resultar insoportable.

Durante nuestros años de monovolumen, muchos de estos problemas derivan directamente de la tarea de educar a los hijos. Es sabio el matrimonio que reconoce su necesidad de recibir constantemente la bendición y el apoyo de toda una comunidad, para poder experimentar una vida saludable de familia. Mis padres se tomaron eso tan a pecho que nos mudamos 2.000 km —ellos y sus ocho hijos— para integrarnos a una comunidad de fe que ellos creían que sería especialmente beneficiosa para nosotros.

Su sacrificio tuvo recompensa. Es verdad que la comunidad donde recalamos dejaba que desear en cuanto a grupo de alabanza profesionalizado,

predicaciones deslumbrantes y los más novedosos materiales para la escuela dominical; pero nos brindó algo mucho más importante. Esa comunidad nos dio todo su apoyo en la forma de hospitalidad cálida y frecuente, largas horas que pasamos juntos recogiendo la mies o con algún proyecto de construcción o de costura en grupo, actividades todas asociadas a la buena cocina casera, salpicadas de mucha conversación y escuchar contar anécdotas y cuentos de todo tipo. Fue en ese ambiente y gracias al ejemplo de tantas personas en esa familia espiritual, que se forjaron muchos de los valores que sostengo en la vida. Y hoy sigo amando a aquella buena gente y mantengo vivas aquellas memorias.

Un impacto positivo. En la educación de nuestros tres hijos, nos beneficiamos notablemente de las buenas personas de nuestra iglesia que hicieron un lugar para nuestra familia en sus corazones y en sus casas: los Alger, los Brenneman, los Kuykendall, Lantze, Miller, Showalter, Souder y tantas otras familias que nos amaron, se interesaron en nuestros hijos y nos influyeron a todos para bien. ¡Jamás lo habríamos conseguido sin su ayuda!

Y sin embargo veo pocos libros y artículos sobre el matrimonio y la familia que se ocupen de mencionar un contexto más amplio que tan sólo esa unidad más pequeña compuesta de madre, padre y uno o dos hijos... con alguna visita que otra donde los abuelos. La idea que comunican es que los padres pueden y deben hacerlo solos y que sólo ellos se llevarán la gloria (o las culpas) de cómo les hayan salido los hijos.

Entonces, ¿qué podemos hacer para fomentar en nuestros hijos un desa-

rollo saludable en la fe y en el compromiso con Dios y con la iglesia?

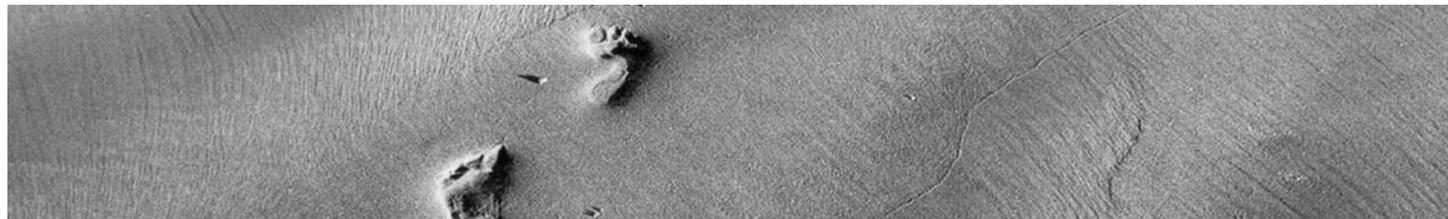
Aquí van algunas ideas:

- Tanto en casa como en nuestra comunidad cristiana, celebramos mucho amor, gozo, paz y el resto del buen fruto del Espíritu. Reconocemos que como comunidad necesitamos demostrar el mismo entusiasmo por servir a Dios y a la iglesia que queremos que desarrollen nuestros hijos.
- Siempre que sea posible, cuando tenemos que dejar nuestros hijos al cuidado de otras personas, procuramos que sean personas que comparten y refuerzan nuestros valores.
- Intentamos llegar a un acuerdo de pareja (y con otros matrimonios en la iglesia, si es posible) sobre el tipo de normas y principios que rigen en las actividades de la iglesia y de los jóvenes de la iglesia. Y procuramos llegar a tal acuerdo sin trampas ni presiones indebidas.
- Organizamos nuestras actividades familiares para las vacaciones teniendo en cuenta los intereses de las demás familias de nuestra comunidad cristiana, emprendiendo conjuntamente proyectos de servicio, acampadas, asistencia a congresos y retiros de nuestro grupo denominacional, procurando que nuestros hijos puedan conocer el máximo posible de personas cuya fe es ejemplar.
- Entre tanto reducimos —en lugar de aumentar— nuestra dependencia de aquellas formas de entretenimiento que acaban por competir con la iglesia por hacerse con la atención y el entusiasmo de la familia.
- En resumidas cuentas, es imposible hacerlo solos. Reconocemos que para mantener la vitalidad de un matrimonio y criar una familia sana, hace falta toda una comunidad cristiana.



Varias de las familias de Burgos, en una de nuestras incontables salidas al campo.

[Traducido por D.B. con permiso para El Mensajero, de The Mennonite, 21/8/2007, que a su vez lo había tomado (con permiso) del libro Lasting Marriage: The Owner's Manual, por Harvey Yoder. Todos los derechos, © 2007, pertenecen a Herald Press, Scottdale, Pennsylvania, USA.]



La base de la conducta recta está en Dios y en Cristo

por Clarence Bauman

¿En qué consiste «el bien»? Desde el punto de vista cristiano, el bien último no es inherente en el hombre sino que se basa en la naturaleza y la voluntad de Dios, su revelación de sí y su alianza. El objetivo de la reflexión ética no es: ¿Cómo puedo ser bueno o hacer el bien para que el mundo sea un lugar bueno?, sino una pregunta muy diferente: ¿Qué es lo que quiere Dios?

Esto es así porque la realidad no depende, en última instancia, de mí ni del mundo sino de Dios. Entonces el interés cristiano consiste en dar testimonio de esa realidad, incluso aunque parezca contraria a «el bien». El cristiano empieza con la realidad de Dios; por tanto acepta la realidad del mundo y la de su propia persona, por la fe, como algo que deriva de su Creador. Sabemos que la voluntad de Dios abarca la totalidad de lo que existe, incluso la realidad humana junto con toda motivación y propósito, el prójimo, y la creación entera. Todo tiene en él su existir y subsistir.

La manera cristiana de entender la voluntad de Dios es esencialmente cristológica: es decir que está arraigada en la unidad de las realidades divina y humana que se produce con la encarnación. La realidad de Jesucristo es la resolución de todo conflicto entre lo ideal y lo real. El conflicto entre lo que debería ser y lo que es, sólo se resuelve en Cristo. Cristo es lo que nosotros debíamos ser y es en él que se cumple el propósito de nuestro existir. Cristo es el fundamento del reclamo de Dios sobre nosotros y es a la vez el contenido de su mandamiento. No como un ideal a imitar sino como nueva realidad que Dios mismo genera en nosotros. Cristo es el sujeto y el contenido de «el bien». Es sólo en él que existe el bien que opera en nosotros en esta vida y por medio de nuestras obras.

Ser bueno y hacer el bien significa amarle, participar en él, creer en él. En el pensamiento bíblico «el bien», como «la santidad», no son cuestión de existencia sino de relación. Sólo Dios es santo y bueno; por tanto la santidad y bondad del ser humano consiste en pertenecerle a él, una realidad que se expresa en la reciprocidad del amor (1 Jn 4,19: Le amamos porque él nos amó primero).

En Cristo y también en sociedad humana. ¿Qué relación hay entre la existencia del cristiano en Cristo y su existencia en la sociedad humana? El mensaje de la Biblia es que Dios se revela como un Señor que gobierna a su pueblo. Sobre este fundamento existen Israel en el Antiguo Testamento y la Iglesia en el Nuevo. La voluntad de Dios es una voluntad que genera comunidad. Es con ese fin que Dios creó al ser humano. Por eso sólo somos plenamente humanos cuando amamos y servimos a Dios y al prójimo.

Si bien la base teológica para la comunidad está ya implícita en la creación, su manifestación más clara sólo aparece con la encarnación. La voluntad divina es que exista el ser humano, porque su voluntad divina fue que existiera el hombre-Dios. Puesto que Dios en Cristo compartió con la humanidad nuestra historia y nuestro destino, estar «en Cristo» significa compartir también nuestras vidas con el prójimo.

Con la encarnación hubo una Cruz donde el amor *ágape* se manifestó como algo diferente del amor *eros*. Normalmente en la vida, el *eros* y el *ágape* se encuentran entremezclados. El *ágape* como algo diferente del *eros* sólo es posible en ese punto de entrega humana inspirada en la entrega divina. Cuando comprendemos el signifi-

Esto significa que cada área de la vida tiene que abrirse con transparencia al examen de Cristo. Significa sacralizar lo mundano mediante el discipulado cristiano, llevando en nuestros cuerpos las heridas de Jesús y produciendo el fruto de su Espíritu mediante las obras de su amor.

ficado de la Cruz dejamos de acusar al prójimo y, reconociendo nuestra propia culpabilidad, vemos en el prójimo un hermano. La Palabra de la Cruz es una palabra de perdón que derrota a la vez la arrogancia y la desesperación, constituyéndose en fundamento para una existencia nueva. [...]

En Cristo y también en el mundo.

En Cristo participamos en la realidad de Dios que está presente en la realidad del mundo. En Cristo no experimentamos la realidad del mundo aparte de la de Dios (como sucede con los que no creen); ni tampoco experimentamos la realidad de Dios aparte de la del mundo (como alegan algunos místicos). El Nuevo Testamento nos habla de una tensión ética entre lo que es mundanal, profano, natural, no cristiano y lo que es divino, sagrado, sobrenatural, cristiano. Equivocando la naturaleza de esta dualidad, tanto el monaquismo como el pietismo proclamaron la independencia de lo espiritual frente a lo secular. En tanto, el luteranismo y las ciencias sociales proclaman la emancipación de lo secular frente a lo espiritual.

Siempre que Cristo y el mundo se entienda que son reinos mutuamente excluyentes, quien por una parte alega existir en sólo uno de esos reinos se engaña a sí mismo; y quien pretende existir en ambos, sufre un conflicto interior intolerable. Sin embargo la doctrina cristiana de creación, encarnación y reconciliación, nos enseña no una dualidad difícil de equilibrar sino una única realidad en Jesucristo, en quien todas las cosas tienen su existir y subsistir.

Con todo, la causa de Cristo es algo diferente del mundo; lo sobrenatural, de lo natural; la revelación, de la razón —aunque siempre de tal manera que estar «en Cristo» incluya estar en el mundo, que lo sobrenatural incluya lo natural, y la revelación incluya la razón. El misterio milagroso de la existencia es que sólo podemos conocer lo divino en su manifestación mundana; lo sobrenatural, sólo en su manifestación natural; la revelación, en su manifestación razonable. De ahí que la mundanalidad del cristiano no deba separarle de Cristo, ni su cristianismo separarle del mundo. Porque

ser auténticamente cristiano significa pertenecerle enteramente a Cristo a la vez que estar plantado enteramente en el mundo, dando testimonio y participando en la realidad de «cruz y resurrección», entre la naturaleza y la gracia, como hijo o hija de Dios.

La responsabilidad social cristiana.

Visto desde esta perspectiva centrada en Cristo, la responsabilidad social cristiana supone cultivar nuestra existencia como un todo indivisible, donde la cualidad de la santidad penetra y santifica la totalidad de la vida. Todo lo contrario a sacrificar esa unidad indivisible con una dicotomía casuística o esquizofrénica, entre las esferas de lo sagrado y lo secular.

Esto exige discernir la naturaleza de la tensión que existe entre Cristo y nuestra civilización entera (cualquiera que sea nuestra civilización) de tal suerte que ni confundamos el Reino de Dios con el perfeccionamiento de nuestra civilización, ni tampoco promovamos un inconformismo legalista contra toda ella. Antes bien, la Iglesia ha de comprometerse con una estrategia que exprese claramente su fe, esperanza y amor, poniendo de manifiesto lo que es vivir auténticamente en comunidad.

La teología de la encarnación nos llevará a involucrarnos en la problemática de la gente en el mundo empresarial y laboral, de las ciencias y las artes, la política y los medios de comunicación. En sintonía con Moisés, Jeremías y Jesús, estamos llamados por Dios a identificarnos con la miseria, desolación y desesperación de las gentes del mundo. Es ahí donde habremos de descubrir el alcance del *kerygma* (la predicación cristiana) en medio de la revolución social. No sea que la fe que profesamos se torne remota e irrelevante. No sea que nos estaquemos en una obcecación con lo celeste que nos incapacite para involucrarnos en la redención divina que actúa contra las fuerzas que corrompen el cuerpo y matan el alma.

Esto significa, en general, que cada área de la vida tiene que abrirse con transparencia al examen de Cristo. Significa, en particular, que la vocación a que estamos llamados en Cristo, es el lugar donde hemos de hacer

operativa nuestra santificación. Significa, en fin, sacralizar lo mundano mediante el discipulado cristiano, llevando en nuestros cuerpos las heridas de Jesús y produciendo el fruto de su Espíritu mediante las obras de su amor.

—traducido por D.B. para El Mensajero del libro *On the Meaning of Life (Sobre el sentido de la vida)*, © 1993 por el autor (pp. 210-213).



Inspiración para la oración

por June Galle Krehbiel



tarme a darte nada». Os digo que aunque no se levante a darle algo por ser su amigo, le dará todo lo que necesita porque sería una vergüenza no hacerlo. Así que yo os digo: Pedid y Dios os dará; buscad y encontraréis; llamad a la puerta y se os abrirá. Porque el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que llama a la puerta, se le abre.

—¿Acaso alguno de vosotros, que sea padre, sería capaz de darle a su hijo una culebra cuando le pide pescado, o de darle un escorpión cuando le pide un huevo? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!

Este texto nos recuerda que está bien repetir nuestras peticiones. Jesús nos dice que no pidamos una sola vez, sino reiteradamente. Me gusta en particular esta parábola del huésped inesperado que llega cuando ya es de noche, aunque la historia parece cambiar de perspectiva en medio del relato.

Cierta noche cuando era niña me costó dormir. A la mañana siguiente le pregunté a mi madre qué hacía ella cuando no podía dormir y su respuesta me sorprendió:

—Me paso el rato orando —respondió.

De vez en cuando sus palabras me han impulsado a orar... especialmente en el medio de la noche.

¿Qué es la oración? Mi diccionario bíblico pone que es «la respuesta espiritual (hablada o en silencio) delante de Dios». ¿Qué es lo que nos inspira a orar? ¿Cómo oramos?

Piensa en tu vida de oración: las palabras que utilizas, los momentos cuando oras, tus formas de orar. Si eres como yo, en tus esfuerzos por comunicarte con nuestro Dios que esta presente en todas partes y siempre a la escucha, tiendes a repetir frases y palabras que te resultan familiares; palabras que vienen de versículos bíblicos, de himnos y coritos, y de oraciones aprendidas de pequeña.

También les dijo Jesús:

—Supongamos que uno de vosotros tiene un amigo y que en el medio de la noche va a su casa y le dice: «Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío acaba de llegar de viaje a mi casa y no tengo nada que darle». Está claro que el otro no le contestará desde adentro: «No me molestes; la puerta está cerrada, y mis hijos y yo ya estamos acostados; no puedo levantar

Primero nosotros, los lectores, hemos de ponernos en la situación del que pide pan; pero a lo último hemos de ver el asunto desde el punto de vista del amigo que ya se ha acostado.

Si piensas que a ti te crearía problemas la llegada inesperada de unos viajantes amigos en medio de la noche, imagínate lo que suponía en tiempos bíblicos. Tal vez los viajeros emprendieron la marcha por la tarde para evitar lo peor del sol del mediodía. Desde luego no había en aquella época ninguna forma de avisar qué día ni a qué hora llegarían. En cualquier caso la llegada cuando ya era de noche tenía que ser un problema para los de la casa. Al no existir frigoríficos la comida se echaba a perder rápidamente, por lo que sólo se preparaba lo justo para el día, a excepción del pan — un pan integral muy nutritivo que podía durar varios días y que por eso no se horneaba necesariamente cada día. El proceso de fermentación de la levadura llevaba bastantes horas y no era posible hacer pan al instante. En una aldea pequeña todos solían compartir un mismo horno y todos los ve-

cinos sabían quién había horneado ese día; es decir, sabían en casa de quién había pan.

Ante el deber sagrado de la hospitalidad, lo natural era despertar al vecino con tal de no dejar con hambre al huésped. La falta de hospitalidad sería un deshonor y una vergüenza para toda la aldea. Por cierto y para acabar de situarnos en escena, las casas típicas sólo disponían de una estancia y una puerta; y toda la familia dormían juntos sobre la paja esparcida sobre una tarima de madera.

¿Qué nos dice, entonces, esta parábola?

Orar no es perder el tiempo

¡Menos mal que Dios siempre responde a nuestras oraciones! Tenemos que caer en la cuenta, de una vez por todas, que recurrir a Dios con nuestras necesidades es lo que él ya supone que vamos a hacer! No estamos en la situación de quien pide limosnas. Aunque tampoco es que le estemos dando órdenes como quien pide el menú en un restaurante.

En su «Tratado sobre la oración» escrito en 1819, Edward Bickersteth describe la oración como un privilegio: «Que tus horas de oración estén bien reguladas y las observes con constancia. [...] No des por perdido el tiempo que dedicas a la devoción, puesto que es sin lugar a dudas la forma más provechosa de invertir tu tiempo. La perseverancia en la oración conlleva siempre bendición».

Me da vueltas en la cabeza la letra de una canción por Jonathan Harris interpretada por el Kingston Trio: «Buscad y hallaréis. Llamad y se os abrirá. Pedid y se os dará. Y el amor descenderá sobre ti». La última frase no viene en el texto de Lucas 11; es una anotación añadida al pasaje bíblico, que nos lleva a considerar el amor divino. ¿Cuándo oras tú, el resultado es amor?

De rodillas ante Dios

Empecé con un recuerdo de mi madre. Concluiré con una reflexión sobre la vida de oración de mi padre. Uno de mis recuerdos muy especiales de mi padre es el de verle ponerse de rodillas para orar antes de acostarse. Incluso cuando ya estaba muy anciano y sus articulaciones habían perdido flexibilidad, hacía el esfuerzo especial de arrodillarse para orar; lo cual me enseñó con el ejemplo, que orar es importante. Sus oraciones en voz alta con la familia reunida alrededor de la mesa, concluían muchas veces con la frase: «Y a lo último sálvanos en el cielo, te lo pedimos por medio de Cristo».

Somos todos hijos de Dios, reunidos alrededor de la mesa de oración, pidiendo lo que no nos merecemos, pero sabiendo que nuestro Padre celestial suplirá cada una de nuestras necesidades; sabiendo que él desea visitarnos y darnos nuestro alimento tanto de día como de noche.

—Traducido (con algunas adaptaciones) por D.B. con permiso para *El Mensajero*, de <http://www.mennoweekly.org/> © 2007.

Traumatizados pero a salvo en Kenya

Kisumu, Kenya, 16 enero 2008 — Dos semanas después de unas muy reñidas elecciones, nuestros informadores en Kenya aseguran que todos los miembros de la Iglesia Menonita de Kenya están a salvo. Algunos se encuentran desplazados, sin embargo, porque vivían en zonas con mayoría de población de tribus enemigas, y algunos han perdido sus herramientas. «Hay gente con amputaciones y todo tipo de trauma, que requieren atención urgente. [...] Esperamos que la situación se normalice rápidamente», según el obispo Philip Okeyo, secretario general de la Iglesia Menonita de Kenya.

Kisumu, la tercera ciudad de Kenya en población, situada en la región occidental, ha sido el centro de gran parte de la violencia post-electoral. Hay cientos de muertos en la propia ciudad de Kisumu, y muchas de las empresas principales han sido saqueadas e incendiadas.

En Songhor, el obispo menonita Clyde Agola de la diócesis de Kisumu Oriental, indica que hay más de 1.500 refugiados de la región acampados junto a la comisaría buscando protección. Unos 700 de ellos serían niños. Todos padecen una necesidad desesperante de agua, alimentos, refugio y medicinas. Huyeron con lo puesto. Entre tanto, el obispo menonita Dominic Opondo está prestando ayuda a

unos 2.000 refugiados en Kisumu Occidental. La iglesia menonita de Oleopos, 120 km al oeste de Nairobi, está prestando ayuda a unos 1.000 refugiados, la mitad de ellos niños.

Rebecca y Joash Osiro, de la tribu Luo, tuvieron que abandonar su casa en Nairobi, que alquilaban de un casero de la tribu de los Kikuyu. Rebecca ha sido una de las líderes de Mujeres Teólogas Africanas Anabaptistas, un grupo internacional impulsado por el Congreso Mundial Menonita. Había recibido una beca para estudios seminaristas de Mennonite Women, una organización de la Iglesia Menonita USA. Según las últimas informaciones, la familia Osiro ha sido recibida por unos parientes, pero en condiciones de mucha estrechez.

El 6 de enero, un pequeño grupo se reunió en la Iglesia Menonita Mathare Norte, de Nairobi, cuyos miembros son de una mezcla de etnias. Muchos de los miembros no asistieron por el miedo a salir de casa y por la falta de transporte público. Durante la reunión, una banda de jóvenes interrumpió el culto exigiendo que se le pagara por haber «protegido» el local de la iglesia durante la semana. Los hermanos y las hermanas les expresaron agradecimiento por «el servicio prestado» y les convencieron a conformarse con lo que se había recaudado en la ofrenda del día. Nadie resul-

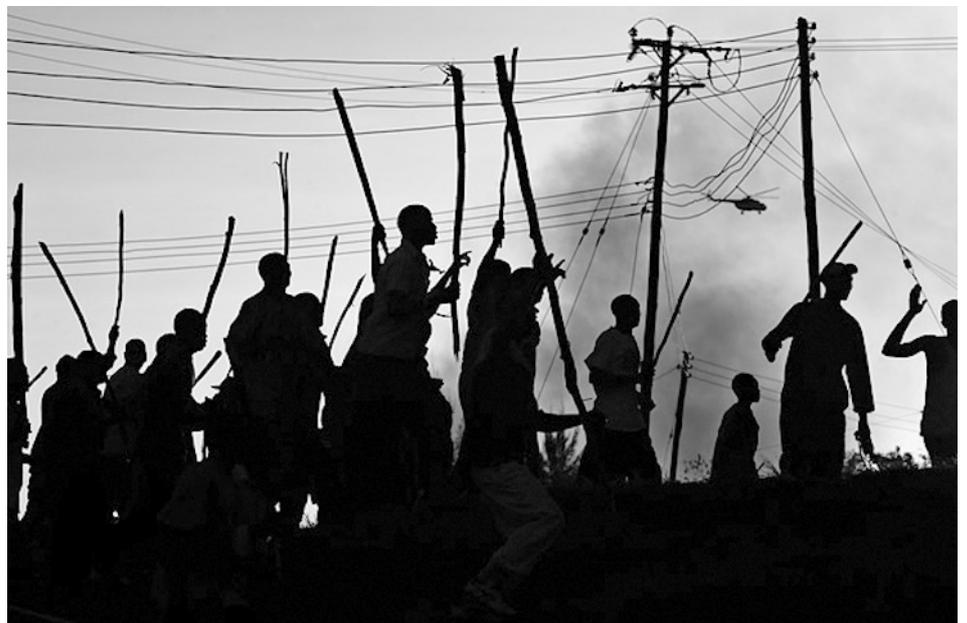


foto colgada en flickr.com por johndoe40, el 15 de enero

tó herido.

En algunas poblaciones de etnia mixta no ha habido violencia pero donde sí la ha habido, los cristianos se están jugando la vida al ofrecer cuidados y protección a sus «enemigos» de otras tribus.

Conseguir alimento y combustible para cocinar es difícil, porque muchas de las tiendas han sido incendiadas. Las comunicaciones son un caos, falla la cobertura, y los «cafés de internet» o están cerrados o la gente no puede llegar hasta allí.

El Comité Central Menonita (MCC) está colaborando con la agencia Nairobi Peace Initiatives Africa, una ONG internacional que procura restablecer la paz y distribuir artículos de primera necesidad. MCC ha enviado dinero a la Iglesia Anglicana de Kenya, en Eldoret, para suministros sanitarios; y al Concilio Nacional de Iglesias de Kenya, en Kisumu, para alimentar a los refugiados en cuatro grandes campamentos.

La agencia misionera Eastern Mennonite Missions también ha donado fondos de emergencia para la compra de alimentos, mantas y lonas para refugiados en las regiones de Kisumu y Olepolos. La agencia espera enviar más ayuda según vayan entrando fondos.

—redactado por Ferne Burkhardt,
gabinete de prensa del
Congreso Mundial Menonita,
con noticias enviadas por MCC y EEM.

Noticias de nuestras iglesias



Burgos, 13 diciembre — Nuestra comunidad recibió con gran alegría la noticia del nacimiento de Ángela, hija de Alejandro y Chus.

La Conspiración del Grano de Mostaza

Jesús nos puso al tanto de un secreto asombroso. Dios ha escogido cambiar el mundo desde abajo, desde los que no parecen ser nada, desde los ninguneados. Jesús dijo: «¿A qué se parece el reino de Dios, o con qué podremos compararlo? Es como una semilla de mostaza que se siembra en la tierra. Es la más pequeña de todas las semillas del mundo, pero una vez sembrada, crece y se hace mayor que todas las otras plantas del huerto, con ramas tan grandes que hasta las aves pueden posarse bajo su sombra» (Mr 4,30-32 VP).

Esa ha sido siempre la estrategia de Dios: cambiar el mundo por la conspiración de los insignificantes. Escogió una banda de esclavos en Egipto para crear su nuevo orden. Hizo huir despavorido un ejército imponente con trescientos hombres que alzaron antorchas e hicieron sonar trompetas. Escogió a un chaval de poca estatura con una honda, y lo puso al frente de su ejército. ¿Y quién iba a imaginar que ese bebé en un establo sería quien volviera el mundo patas abajo, como Dios manda? «Y es que, para avergonzar a los sabios, Dios ha escogido a los que el mundo tiene por tontos; y para avergonzar a los fuertes, ha escogido a los que el mundo tiene por débiles. Dios ha es-

cogido a la gente despreciada y sin importancia de este mundo, es decir, a los que no son nada, para anular a los que son algo. Así nadie podrá presumir delante de Dios» (1 Co 1,27-29 VP).

Hoy también la política de Dios es actuar por medio de los que tienen toda la apariencia de ser insignificantes, para transformar el mundo y crear un futuro nuevo. Ha escogido actuar por la tontería de instrumentos humanos. Y quiere valerse de tu vida y de la mía para hacer algo nuevo en el mundo. Así como Jesús invitó a esos primeros pescadores, ahora nos invita a nosotros a abandonar nuestras redes y barcas y unirnos a él en la aventura de cambiar el mundo.

Nos invita a su Conspiración del Grano de Mostaza.

—Tom Sine,
The Mustard Seed Conspiracy
(Word Books, 1981) pp. 11-12.

Los libros de la Biblia

Romanos

El tema que aborda Pablo en esta carta había perdido importancia e interés pocas generaciones más tarde, aunque volvería a recuperar intensidad otra vez durante el siglo XX: la relación entre el pueblo de Dios de toda la vida —es decir los judíos— y los «mesiánicos» (o *cristianos*) de otras etnias que la judía.

Es probable que ya desde mucho antes que se le apareciera Jesús en visión mientras iba de camino a la ciudad de Damasco, Pablo perteneciera a esa facción dentro del fariseísmo que daba singular importancia a la presencia anunciadora o «evangelizadora», de los judíos de la diáspora en medio del mundo pagano. Según esta visión de las cosas, Dios había dispersado comunidades judías por todo el mundo con el fin de darse a conocer como único y verdadero Dios, justo y fiel, misericordioso y lleno de amor, Creador y divina Providencia para todo ser humano, terrible en su ira pero siempre dispuesto a perdonar. Es verdad que en Mateo 23,15 Jesús ironiza que aunque los fariseos eran capaces de mover cielo y tierra para conseguir un prosélito (un «gentil» convertido), éstos resultaban al final más perdidos que antes. Pero con esas mismas palabras Jesús reconocía el celo misionero que movía a muchos fariseos. Un celo misionero que siguió impulsando la vida de Pablo con más fuerza que nunca, una vez que reconoció que Jesús era el Mesías.

Con todo, reconocer que Jesús era el Mesías supuso para el fariseo Saulo de Tarso (el apóstol Pablo), una revolución a fondo de sus conceptos sobre la justificación del ser humano ante Dios. Romanos abre fuego con el cañonazo terrorífico de lo que en su día tuvo que ser para él un descubrimiento durísimo: que los judíos estaban tan perdidos en relación con Dios —con todo y disponer de la Ley de Moisés— como los gentiles. La propia jactancia del cumplimiento escrupuloso de cada detalle de la Ley era un callejón sin salida, un camino que no conducía a ninguna parte. Porque la

única relación correcta con Dios había sido desde siempre, empezando por Abraham y especialmente en la Ley de Moisés y en los Profetas, un depender absoluta y totalmente de la gracia divina. La sensación de seguridad que imprimía a sus vidas el escrúpulo legalista, era esencial e irremediablemente incompatible con la *fe*. La fe es lo contrario a la certeza y la seguridad: la fe es la renuncia a toda certeza y seguridad, salvo la de agarrarse a la gracia y el amor de Dios como a un clavo ardiendo.

En Jesús, sin embargo, Dios había estrenado un nuevo modelo de humanidad, una nueva manera de ser seres humanos. Jesús era para esta nueva humanidad lo que Adán para la antigua: era el prototipo, el primero. La relación de Jesús con el Padre había sido directa y sin complejos: una relación de Hijo. Jesús había sabido depender absolutamente del Padre por la iluminación interior del Espíritu Santo, dejándose guiar directamente de esa luz interior que le hacía, en efecto, cumplidor de la Ley en toda su dimensión moral y salvadora.

Jesús había sido Justo ante Dios, porque había sabido depender del Padre y no de sí mismo.

Esa dependencia de Dios según la iluminación interior del Espíritu, había capacitado a Jesús para entregar su vida mansamente en lugar de defenderla. Jesús había asumido el riesgo de que se perdiera toda su influencia en el mundo, al dejarse matar como hereje judío y a la vez súbdito insumiso del Imperio. Al morir en la cruz sin defenderse, abandonaba toda pretensión de influir en el futuro, dejándolo todo absoluta y radicalmente en las manos de aquel Dios y Padre en quien creía. Esta había sido la justicia de Jesús que le hacía Justo delante del Padre: la justicia de creer que Dios era capaz de enderezar todas las cosas, sin que nosotros tengamos que devolver mal por mal para establecer el bien.

Pablo se expresa confiado, en esta carta, de que toda la humanidad —

primero los gentiles mientras los judíos dudan sobre Jesús, pero al final «todo Israel» también— conocerá y reconocerá esta nueva forma de justificación ante Dios. Para los que ya no andan según «la carne» sino conforme al Espíritu, ya no hay condenación. Y nada los puede separar del amor de Cristo.

Mientras tanto, Pablo espera que los consejos prácticos de convivencia armoniosa, una tolerancia de la diversidad a la vez que unidad «en Cristo», conseguirá resolver las tensiones entre cristianos judíos y cristianos no judíos.

Y entre sus saludos finales, expresa el vivo deseo de venir a España con este evangelio.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org